

Libros colombianos raros y curiosos

Escribe: IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO

— LXVII —

MICHAELIS A. CARI (a. d. IV Non. Nov. a. D. MLCCCXLIII—
Non. Aug. a. D. MCMIX.—*Carmina et Interpretationes e
Poetis Nostratibus.*—Editio Princeps.—Academiae Colum-
bianae Iussu ad Saecularem Vatis memoriam disposita.—
14½ x 21 ctms.—XVI-267 págs.—Ex. off. Typogr. “Cen-
tro”.—Bogotae, MCMXLIII.

Nació don Miguel Antonio Caro en Bogotá, el 10 de noviem-
bre de 1843, y murió en la misma ciudad, el 5 de agosto de 1909.
Fue hijo del inspirado poeta romántico José Eusebio Caro y de la
señora Blasina Tobar, de quienes se conserva un apasionado epis-
tolario, lleno de interés, del que se han publicado amplios frag-
mentos en diversas oportunidades.

Era muy niño aún cuando su padre, don José Eusebio, tuvo
que emigrar a los Estados Unidos de Norteamérica, por causa
de la efervescencia política neogranadina, tan peculiar de aque-
llos tiempos, y por no someterse a un proceso judicial que contra
él se había instaurado. A su regreso, contrajo en Santa Marta la
fiebre amarilla, enfermedad de la que falleció el 28 de enero
de 1853.

El haber perdido a su padre en tan temprana edad, fue sin
duda una desgracia irreparable para don Miguel Antonio. Sin
embargo, tuvo la fortuna de encontrar en su abuelo materno, el
docto humanista don Miguel Tobar, no solo inmenso cariño y

constante protección, sino un insuperable maestro que cultivó la inteligencia de su nieto con toda clase de conocimientos, el del idioma latino entre otros. No solo se aprovechó aquel de la rica biblioteca del doctor Tobar, sino de los comentarios y las observaciones que amigos de este, de notable valía intelectual, solían hacer sobre asuntos políticos y literarios, en cuotidianas tertulias a las cuales concurría el niño, escondido tras del escritorio del abuelo complaciente, quien toleraba además que el muchacho estropease los libros, en busca de hermosas láminas, a trueque de que se familiarizara con ellos, como en efecto sucedió. Lo que acredita, al par que la bondad del abuelo, su fina perspicacia y el acierto de sus atisbos psicológicos.

El influjo del doctor Tobar sobre su nieto Miguel Antonio fue, pues, decisivo. Este solía decir, ya en la edad madura, “a mi abuelo le debo lo poco que sé”, si hemos de creer el testimonio de su hijo, don Víctor E. Caro, en un bello relato sobre la juventud de aquel, publicado hacia 1930. Desde luego, no fue despreciable, para el perfeccionamiento de Caro en la lengua latina, el aporte de otros proceptores, el inglés Thomas Jones Stevens y el jesuíta ecuatoriano, padre Manuel José Proaño, entre otros.

En resolución, que el señor Caro, desde sus verdes años, dominó el idioma del Lacio, a tal punto que algunos creyeron que el humanista pensaba en latín y que mentalmente traducía sus ideas al ordinario lenguaje de sus interlocutores, como lo recuerda Rivas Sacconi, al tratar de aquel en su denso libro **El latín en Colombia**, publicado en 1949. Lo cual, en realidad, no tiene nada de raro, por cuanto quien posee a fondo uno o varios idiomas extranjeros, “piensa” en tal o cual idioma extraño cuando hace uso de él, para comunicar sus ideas, ora por la palabra hablada, ya por la escrita. A don Julio Cejador, por ejemplo, le era fácil por extremo escribir sermones, discursos y conferencias en latín clásico. Para hacerlo se preparaba previamente leyendo varias páginas de Cicerón, para acostumbrar el oído a la típica modalidad de la ordenación latina. A eso llamaba, “calentar el horno”, como lo dice con tan encomiable franqueza en el libro de sus **Recuerdos**, obra póstuma suya, que se publicó con un prólogo de su discípulo, don Ramón Pérez de Ayala, en la Imprenta Radio, de Madrid, en 1927.

Del señor Caro no tenemos todavía la obra completa, orgánica, que sería de desearse. Se han hecho, sí, varias ediciones fragmentarias de sus libros, como la que en la Imprenta Nacional

de Colombia realizaron, entre 1918 y 1945, don Víctor E. Caro y don Antonio Gómez Restrepo, en 8 volúmenes, así:

- 1) **Flos poetarum. El cinco de mayo, de Manzoni;**
- 2) **Estudios literarios. Primera serie;**
- 3) **Estudios literarios. Segunda serie;**
- 4) **Estudios literarios. Tercera serie. Y Estudios filológicos y gramaticales. Primera serie;**
- 5) **Estudios filológicos y gramaticales. Segunda serie;**
- 6) **Discursos y documentos públicos;**
- 7) **Labores legislativas y estudios jurídicos; y**
- 8) **Sonetos de aquí y allí, Traducciones poéticas, Poesías de Sully Prudhomme. (Este último volumen de la precitada serie, se hizo bajo la dirección de Gómez Restrepo y de Eduardo A. Caro, quien substituyó a don Víctor E., que había dirigido la edición de los anteriores).**

Bajo la dirección exclusiva de don Víctor E. Caro, se publicaron, en la Imprenta Nacional, como ediciones oficiales, tres tomos de **Obras poéticas** de su padre, así:

- 1) **Sonetos - Cantilenas;**
- 2) **Horas de amor - Elegías - Cantos a la naturaleza; y**
- 3) **Musa militante - Sátiras - Lira cristiana.**

En los días que nos alcanzan, dentro de la serie **Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo**, se han impreso, en cuidadosas ediciones, algunos libros. Y en la colección **Clásicos Colombianos** del mismo instituto ha visto la luz el tomo I de las **Obras** de nuestro grande humanista, consagrado a temas de filosofía, religión y pedagogía, y con un estudio preliminar por Carlos Valderrama Andrade.

El plan de esta edición de las **Obras** de Caro en **Clásicos Colombianos**, del Instituto Caro y Cuervo, en nueve volúmenes, es completo, y abarca la totalidad de la producción intelectual del grande humanista. Cuando se cumpla en su totalidad tendremos, por la primera vez en Colombia, una edición que servirá de modelo para otras que de nuestros más destacados clásicos deben realizarse, no inferior a la edición caraqueña de las **Obras completas** de Bello, que está a punto de culminar.

El referido plan de las **Obras** de Caro, es el siguiente, como se lee en la **Presentación** que en el primer volumen hizo Rafael Torres Quintero:

- Tomo I: Filosofía, religión y pedagogía.
 Tomo II: Filología.
 Tomo III: Historia, crítica literaria, bibliografía y biblioteconomía.
 Tomo IV: Escritos políticos.
 Tomo V: Poesías y traducciones poéticas.
 Tomo VI: Obras de Virgilio y **Flos poetarum** (con los respectivos comentarios críticos).
 Tomo VII: Obras latinas.
 Tomo VIII: Jurisprudencia y economía.
 Tomo IX: Epistolario. Biografía. Bibliografía del señor Caro y sobre él. Apéndices e índices.

Como se ve por el simple enunciado de esta minuta de sus producciones, Caro fue el más completo, profundo y vario de nuestros humanistas. Solo le faltó cultivar la novela, el cuento y el drama para que de él se dijese que no le fue ajeno ninguno de los principales géneros literarios. Por ello, sin duda, Blanco Fombona enunció sobre Caro un juicio que sería plenamente justo si descontáramos su hiperbólica ponderación, cuando dijo que el humanista colombiano era superior a todos los Valera y a todos los Menéndez Pelayo de España, y solo comparable con don Andrés Bello.

La edición académica de las poesías latinas de Caro, hecha para conmemorar su centenario natalicio, fue puesta bajo el cuidado del sabio y discreto humanista Pbro. don Juan C. García, quien ilustró la edición con oportunas notas introductorias.

En ellas confiesa —con una metáfora que ya no podría usarse ahora— que Caro ha sido rarísima vez estudiado en su aspecto de latinista lírico, “tan ignorado de muchos como lo es para los habitantes del planeta el reverso de la luna”. Y añade que la versificación latina no fue para Caro un mero deporte verbal, sino una necesidad del espíritu.

Monseñor García dijo en palabras breves, justas, ponderadas las excelencias y cualidades características de Caro, como lírico en idioma del Lacio; las influencias que en nuestro compatriota ejercieron los autores de la más pura latinidad: Horacio en sus años mozos, y Virgilio en el resto de su existencia, sin que Caro hubiese desdeñado a otros poetas y prosistas, así de la época augustea como de las posteriores, sin excluir a los grandes autores que en el renacimiento restauraron en todo su esplendor el

decir clásico, ni a los poetas cristianos, como el zaragozano Prudencio, que utilizaron con gran fortuna el arte pagano para expresar en él ideas y sentimientos propios del cristianismo.

“Volviendo a escuchar hoy las notas del arpa templada por el favorito alumno de Erato y de Polimnia, —dice García— pensamos que ellas han de servir para enaltecer la remota estirpe que arraigó en las dos penínsulas Hesperias, y al cabo de los tiempos se renovó con vástagos floridos en este apartamiento de los Andes...” (XV).

Las poesías latinas de Caro son amplia muestra incuestionable de lo que pueden la constancia y el estudio, de consuno con la inspiración poética: las dificultades para realizarlas saltan a la vista. No obstante el parentesco del idioma latino con las lenguas romances, las diferencias entre aquel y el castellano resultan inallanables: basta comparar sus discrepancias prosódicas, que en la versificación latina aparecen de bulto. La métrica, en el idioma latino, se basa, en último término, en la distinción entre sílabas largas y breves, que se disponen de acuerdo con normas preestablecidas por la técnica del verso, y según la inspiración y el buen gusto del poeta. En castellano y en las demás lenguas romances en general, no ocurre lo propio, ya que todo el secreto de esa técnica descansa en el número de sílabas, en el acento o en la rima. Lo que basta para destacar las múltiples dificultades que tiene que vencer un poeta que usa el español como idioma vernáculo, para versificar en latín o en griego, como lo hizo Caro.

Esta edición de las poesías de Caro se divide en tres libros, con un total de 172 piezas originales del autor, en el idioma del Lacio. Además, se incluyeron, para cerrar el volumen, 32 versiones latinas, la mayor parte de ellas, de poesías de don José Eusebio Caro, 3 de Fernández Madrid, y alguna de Gregorio Gutiérrez González, de Belisario Peña y de José Joaquín Ortiz.

Años más tarde de publicado el tomo a que hacemos referencia, que parece haber sido el primero de una serie de varios dedicados a la producción latina de Caro, en 1951, como volumen VI de las publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, y bajo la dirección de José Manuel Rivas Sacconi, se dio a la estampa un tomo de **Poesías latinas**, que contiene los III libros que, con algunas variantes, aparecen en la edición del Pbro. García, mas no las 32 versiones latinas con que ese volumen concluye.

En cambio, en esta edición de Rivas Sacconi se incluyeron, en lugar de esas versiones latinas, dos apéndices, con un total de 50 poemas originales en latín, que en la edición de la Academia Colombiana no figuran.

Sea como fuere, ello es que la edición académica de que hacemos mérito en este capítulo, no circuló, no fue puesta al comercio libresco y desapareció casi por entero. Tal cual ejemplar, uno de ellos el de nuestra biblioteca particular, quedó a salvo, para codicia de bibliófilos y testimonio de un frustrado esfuerzo cultural.

Rivas Sacconi en la introducción a las **Poesías latinas** de Caro, alude a este episodio cuando, refiriéndose a la edición del presbítero García, dice: “Pero tal libro adoleció de dos vicios capitales: en primer lugar constituía una violación manifiesta del plan fijado por el propio autor para la publicación de sus obras, por desglosar del cuerpo de las **Interpretaciones** —que comprende las de españoles, hispanoamericanos, italianos, franceses e ingleses— las de los nacidos en Colombia, con el fin de presentarlas, arrancadas del contexto, juntamente con las composiciones de tema original; en segundo lugar, la impresión resultó tan plagada de errores, que casi no hubo página en que no se contaran varios. Las aducidas razones de angustia de tiempo y espacio explican, pero no justifican, aquella frustrada edición, que hubo de ser recogida y destruída, con excepción de algunos ejemplares que circularon y subsisten para probar, mudos testigos, estas afirmacionesh...”. (VIII-IX).

En realidad, lo que sostiene Rivas Sacconi es evidente, y basta para demostrarlo la simple confrontación de los textos de Caro publicados en la edición académica de monseñor García, y los que aparecen en la del Instituto Caro y Cuervo de 1951.

Sin embargo, el presbítero García explicó, por su parte, pocos años después de la aparición del controvertido libro de poemas latinos de don Miguel Antonio, los reparos que ya se le formulaban, en una reseña bibliográfica que apareció en el número 1, año II del **Boletín del Instituto Caro y Cuervo**, correspondiente al primer trimestre de 1946. Entre otras cosas, dijo lo siguiente:

“...Don Víctor E. Caro aguardaba la impresión del postrer volumen para entregarlo a la publicidad junto con los dos anteriores; pues de lo contrario sería un perjuicio la divulgación de la obra incompleta. Parece que la intempestiva muerte de don

Víctor hizo modificar aquel proyecto, y se ha creído que la edición del tomo primero fue retirada de la circulación, admitiendo la conjetura de que contenía muchos yerros tipográficos. Si don Víctor aún viviera, podría esclarecer toda la verdad a este respecto...

“Se comprobaría que en la publicación de 1943 no abundan errores tipográficos, leyendo los folios manuscritos del señor Caro: a no ser que uno pretendiera saber más latín que él, y tuviera la audacia de censurarle numerosos arcaísmos y otras licencias poéticas de que se valió con admirable maestría... Quien ignore esas formas arcaicas y licencias métricas, al verlas estampadas creerá que son yerros de imprenta; y lo mismo sucederá a quien desconozca la diferencia entre “ceu” y “seu”, o el empleo de la grafía “lacrima” en vez de “lacryma”, o el hecho de que numerosos apellidos como La Salle no se latinizan, según lo confirman el Misal y el Breviario Romanos. Tenidas en cuenta estas advertencias, ¿habrá razón para creer que la edición está llena de errores?

“A los ojos de cuantos hayan adquirido alguna experiencia en faenas editoriales, la lista de enmiendas urgentes salva toda responsabilidad y protege el éxito de una obra; tanto más si se observa que entre nosotros es todavía difícil obtener la perfección a que han llegado las ediciones latinas de la Clarendon Press, de Firmin Didot, de Ginn, de Forzani o de Hiersemann. A pesar de todo, la mayor parte de las piezas líricas reproducidas bajo el título de **Michaelis A. Cari Carmina** son modelos de pulcritud y corrección tipográficas, que redundan en favor de la Editorial Centro. Por esto la obra encomendada al suscrito ha merecido buena acogida de selectos latinistas como el doctor Kurt von Fritz, profesor de la Universidad de Columbia, a cuyas manos llegaron ejemplares del florilegio (que solo aguardaba para su mejor divulgación la salida de los dos tomos restantes)...” (Boletín cit. 204-205).

La edición de **Poesías latinas** de Caro, al cuidado de Rivas Sacconi se hizo “sobre los manuscritos del poeta, arreglados por él en sus últimos años, con la evidente intención de darlos a la estampa”, según testimonio del eminente director del Instituto Caro y Cuervo. Monseñor García, por su parte, como ya se vio, dice exactamente lo propio con referencia a la edición académica de 1943. Pero el hecho es que muchos textos —en aquella y en esta— discrepan notoriamente, al menos en los títulos de las

composiciones poéticas, y en algún otro detalle. Empero, la circunstancia de no poder consultar fácilmente los manuscritos de Caro, pues escribimos este capítulo, como todos los anteriores, en nuestra biblioteca particular de la ciudad de Pasto, a mil leguas de la capital de la República, donde aquellos reposan, no nos permite ahondar más en la investigación de este problema.

Véanse algunas de las discrepancias advertidas, a las cuales no hace referencia ninguna de las 36 correcciones de la edición académica de 1943:

En esta se omitió (págs. XVI-1) el nombre del autor, el título latino y el epígrafe de Claudianus, que sí figura en la pág. 1 de la edición de Rivas Sacconi, así:

M. ANTONII CARI
C A R M I N U M
LIBRI TRES

*Nec pudeat longos interrupisse labores
Et tenuem Musis constituisset moram.*

El poema trigésimo noveno del libro I aparece en la edición académica con este título simplificado: **Honoris Puellae**, y en la de 1951, con este, más amplio: **HONORES PUELLAE PARENTIBUS ORBAE REDDENDI**; el poema siguiente, se titula **Pater Caecus**, en la edición de 1943, y **PATER PAENE CAECUS PUERO COMITANTI**, en la de 1951; **Puer Convalescens**, se dijo en la edición académica, y **PUER EX MORBO CONVALESCENS** en la de Caro y Cuervo; con el rubro **Abdicationis Spes** se encabezó en la edición académica el poema décimo del libro II, y con el más amplio de **ABDICATIONIS SPES ET COMMENDATIO**, en la de Rivas Sacconi; **Vox Senis** dice el encabezamiento de otro poema en la edición de 1943, y **VOX SENIS TRIUMPHALI CHORO PERMIXTA** el del mismo en la edición de 1951, etc., etc.

La luminosa sombra de nuestro eminente amigo y colega monseñor García nos perdona, pero no nos cabe duda de que es mucho más fiel, más ajustada al texto del señor Caro la edición de Rivas Sacconi que la de aquel. Así se deduce del facsímile del poema vigésimo octavo del libro II, transcrito en la edición de 1951 entre las páginas 96 y 97, en el cual don Miguel Antonio escribió: **CYGNEUS CANTUS SIVE POETAE IAM SENIS**

APOLOGIA DE VITA SUA, y el doctor García se contentó con transcribir únicamente las dos palabras iniciales, **Cigneus Cantus**, omitiendo todas las demás, escritas de puño y letra de Caro, lo que de ninguna manera le sería lícito a ningún editor.

Claro que las palabras omitidas por el doctor García en el libro que comentamos, en el último ejemplo, ni en los anteriores, son absolutamente esenciales para la comprensión del poema, no. Bastaría enunciar escuetamente aquel **Cigneus Cantus**, —como lo hizo García— para imaginar que allí el poeta, ya en las lindes de la ancianidad hace la apología o el recorrido de su vida pasada, que es precisamente lo que se enuncia cuando el autor añade: **Sirve poetae iam senis apologia de vita sua**, y que García omitió. Pero el autor lo había escrito así, en el frontispicio del poema, siguiendo una conocida costumbre horaciana, y a nadie le era lícito suprimirlo por ningún motivo.

El colofón de este rarísimo libro, redactado seguramente por monseñor García, que era formidable latinista y tenía predilección singular por la epigrafía, dice de esta manera:

AERARII. SVMPTIBVS
DIE. V. ID. NOVEMBRES. AN. R. S.
MCMXLIII
OPVS. HOC. PRELO. EXCVSSVM
FELICITER. EXPLICIT
IOANNIS. C. GARCIA. PRESBYTERI
LITTERARVM. PROFESSORIS
STVDIO. RECOGNITVM
EIVSDEMQUE. HISPANICE
COMMENTARIIS. AVCTVM.